



## Concurso de Relato Breve para docentes

### “La sirenita”

#### Primer Premio

Cecilia Edith Agüero

Mi mamá me había dado el juego de llaves junto con una cadena de la que colgaba una sirenita de arcilla esmaltada. No me había preguntado, solo había asumido un día que era tiempo de que tuviese acceso autónomo a casa y las mandó a hacer. Las había dejado sobre mi mesita de luz, la figura mirando al cielo.

No era la representación clásica, la que Disney había decidido inmortalizar. Mi sirenita no tenía el cabello rojo ni una cola verde, y después de años de uso y golpes accidentales, se veía ajada y le faltaba una aleta.

Nunca le pregunté en qué pensaba cuando la añadió al manojito de llaves nuevas. El punto era que no me las había olvidado jamás, ni siquiera esa noche en la que estaba ridículamente nerviosa.

El celular volvió a encenderse.

< ¿Ya saliste? >

Era Ana. La ignoré y continué repasándome las puntas con la planchita, haciendo también caso omiso del acre olor a quemado que salía en forma espiral.

< ¡Vamos a llegar tarde! >

Gruñí.

< En cinco estoy >

-¿Ya te vas? – gritó mamá desde su habitación. Tenía la tele bajísima y creía que llevaba dormida algunas horas.

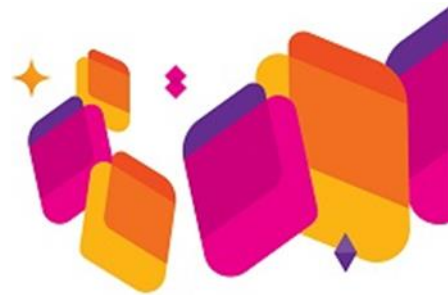
Recogí las llaves – la sirenita renga se clavó un momento en mi palma- y cacé la campera colgada, puteando internamente.

-¡Sí!

-¡Cuidate! – Alcanzó a decir ella mientras salía - ¡No te tomes el taxi de vuelta sola!  
Afuera hacía un frío de cagarse.

Había accedido a salir porque desde que habían puesto el carril único para los colectivos, podía llegar de casa a Palermo en menos de media hora. Con el frío que hacía – me salía humo por la nariz mientras me dirigía a la parada - , bien hubiese preferido quedarme con mamá viendo una película que luego iba a tener que contarle a la mañana siguiente.

Pero Ana había insistido – habían abierto un boliche nuevo, zarpado, y *teníamos* que conocerlo-. Pero sobre todo, había sido Cris el que me había convencido.



-Dale, la vamos a pasar re bien – me había susurrado hacía algunos días, merendando en su casa-. Al final no salimos nunca, no seas ortiva.

Había conseguido sortear todas las excusas boludas hasta que no me había quedado más remedio que consentir a regañadientes.

No era que no me gustara salir con él, llevábamos juntos ya más de dos meses. Era que me fastidiaba el colectivo, el frío, la espera. Ana me había suplicado y Cris había sido demasiado convincente con sus besos, por lo que al final hasta que me había parecido buena idea.

<Ya me lo tomé> le avisé a Ana, después de hacer un esfuerzo enorme por alcanzar la mitad del colectivo sin morir aplastada. Era la una de la mañana, y allí apestaba peor que dentro del baño diminuto con la planchita que sobrecalentaba.

Ana me esperaba con las demás en la parada, contentísima.

-Qué bueno que viniste – saltó apenas bajé, dándome un abrazo que jamás me hubiese ofrecido de no estar un poco borracha - ¡Vamos!

Sonreí con esa incomodidad de saberse la única sobria, mientras cruzábamos Juan B. Justo para acercarnos a la cola.

-Yo las hago pasar enseguida – aseguró una chica bajita apenas llegamos. Estaba segura que la conocía, pero no podía acordarme el nombre. Ana volvió a abrazarla – hice una nota mental de recordarlo para mortificarla cuando se le pasase la resaca -, y tal y como había prometido, media hora después ya estábamos adentro.

Mis piernas lo habían agradecido con un suspiro de alivio.

Sin embargo, una vez pasado el efecto inicial, el regodeo por el calor del ambiente se pasaba con rapidez. Era sofocante y dulzón, como el aliento de Ana hablándome sobre la cara.

Cris llegó con sus amigos un poco después.

Y realmente la pasé bien. Ana se reía muchísimo, y terminó contagiándome. Cris no dejaba de comprar tragos y compartirme, a pesar de que casi había escupido el primero. Bailamos, tomamos y seguimos riéndonos cuando Ana se cayó sobre un tipo al que terminó besando tres segundos después.

Había perdido un poco la noción del espacio, por lo que cuando recuperé la conciencia, estaba deliciosamente pegada a Cris, bailando a un ritmo que no se condecían con la música que pasaban.

No me daba vergüenza, estaba oscuro y ya tenía la cara roja de todo lo demás.

-¿Nos vamos? – alcanzó a sugerir él, gritándome en el oído para que pudiera escucharlo.

-¡Sí!

Estaba un poco aturdida, sofocada. Se me ocurrió que el aire fresco iba a ayudar. Cris me tomó de la mano y atravesamos la marea humana directo hacia la salida.

Me sorprendí cuando el frío me golpeó con saña. Afuera la calle estaba desierta. Un solo seguridad del boliche en la puerta, que apenas nos miró.



Cris siguió tirando hasta que nos cruzamos y doblamos en una calle paralela a Juan B. Justo. Quería leer el nombre pero no alcancé, estaba mareada.

-*Me dijeron que a un par de cuadras hay un telo copado que sale dos mangos* – escuché que decía Cris, sin soltarme.

-*¿Qué?*

-*Dale, vamos.*

Seguí caminando por inercia, hasta que entendí sus palabras.

-*Esperá.*

-*Dale que me cago de frío* –me apuró él, sonriendo.

-*¿A dónde vamos?*

-*Ya te dije. Al telo.*

Conseguí frenar el tirón planteando fuerte los pies contra las baldosas.

-*Pero tengo que volver a casa.*

-*Es temprano, después te acompaño en un taxi.*

Cris no entendió lo que estaba tratando de decir.

-*Pero no quiero.*

-*¿Qué no querés?* – se impacientó él, al fin perdiendo la sonrisa. Casi podría haber jurado ver cómo se le resbalaba de la cara y se le destrozaba en el cordón de la vereda.

-*Ir ahí* – repetí, sintiéndome estúpida.

-*Pero dale*- Cris redujo la distancia en dos pasos y me abrazó - *¿Cuándo más vamos a tener esta oportunidad?*

Volví a sofocarme.

-*Pará, de verdad no quiero.*

Intenté quitármelo de encima, pero Cris me sujetó ambos brazos.

-*No me jodas, no te vas a cagar ahora. ¡Llevo dos meses esperando para coger!*

-*¡Esperá dos más entonces!* – no tenía idea de dónde había salido mi negativa tan rotunda, pero había algo de lo que estaba segura: no quería tener sexo esa noche.

-*No me jodas* – repitió Cris, enojándose más.

-*Vos no me jodas.*

Forcejamos y conseguí soltarme. Tenía el paso errático, por lo que caminé hacia atrás con cuidado.

-*Voy a llamar a Ana. Me voy.*

Rebusqué en el bolsillo de la campera para dar con mi celular, pero apenas llegué a rozar algo que me pinchó el dedo antes de que Cris se me volviera a tirar encima.

-*No vas a llamar a nadie, boluda, ¡no me vas a dejar esperando más como un tarado!*

Grité y conseguí agarrar el teléfono antes de trastabillar hacia atrás. Cris se cayó encima de mí, y con el empujón, hice volar el celular y otra cosa que no había alcanzado a ver. El golpe en la cabeza me dejó noqueada por un instante, y para cuando conseguí bucear entre la negrura que me tiraba hacia abajo – donde no hacía frío, no me dolía todo el cuerpo, no sentía nada viscoso – para recuperar la conciencia, Cris estaba



besándome.

Chillé, buscando mis piernas para poder patear, para sacármelo de encima. Pero él se separó y me agarró con su mano- esa mano que me había acariciado esa misma noche – por el cuello.

-*Callate.*

Empecé a llorar.

-*Te quiero ver las tetas desde que te conocí – añadió en voz más baja, como si se disculpaba – No vas a ser tan forra de negármelo, ¿no? La pasamos bien juntos. No seas boluda.*

Entonces giré la cabeza.

Los restos de mi celular estaban en la calle, hubiese querido recogerlos porque mamá me lo había regalado pagándolo en mil cuotas. Cuando sentí el frío del aire mordirme el pezón, me di cuenta que había algo tirado junto a mi cabeza.

Una madeja de llaves.

Y la sirenita estaba quebrada. Se había decapitado, después de todos esos años de renga. La media cola esmaltada se había metido entre dos baldosas, asomando la única aleta que le había quedado.

Nunca le conseguí preguntar a mi mamá por qué la había elegido. No me había leído ese cuento de chica, y no me gustaba especialmente su película como para ofrecérmela en regalo. No había dado ninguna muestra especial de cariño hacia las criaturas marinas, así que no tenía idea por qué la había asociado conmigo.

Lo cierto era que me había acompañado como un guardián silencioso durante mucho tiempo.

Tal vez sí tenía el cuento en casa.

Capaz mamá me lo leía antes de dormir, y no me acordaba. La cabeza me daba vueltas, no conseguía hilar un buen pensamiento.

¿La película era una mierda, me había aprendido las canciones? ¿Tenía un libro ilustrado en la mesita de luz cuando vivíamos en la otra casa? Me parecía que había tenido que hacer un trabajo práctico del autor en primaria. ¿Cómo se llamaba? ¿Por qué había elegido escribir sobre una sirenita?

No tuve el valor de decirle a mamá que había roto su llavero.



## “Los fósforos que encienden los cuentos de Hans Christian Andersen”

### Primer Premio

María Cristina Alonso

#### 1.

Confecciona ropa para sus marionetas que viven en el teatrillo que le ha hecho su padre, un zapatero pobre que se irá a la guerra y de regreso lo dejará huérfano. Detrás de esas maderas viejas, los muñecos interpretan múltiples historias. La imaginación del muchacho es un motor encendido las veinticuatro horas, un mecanismo que no para jamás y que casi no necesita combustión.

Canta, recita diálogos con voz de princesa, con ronquidos de ogro, con incesantes parloteos de feria. En el barrio los muchachos le tiran piedras, se burlan de su cuerpo desgarrado, de sus juegos solitarios. Pero él no se siente solo. A su alrededor, los objetos más insignificantes le descubren sin pudor sus corazones emparchados. Y también a ellos les otorga una voz. Muchos años después contará sus vidas melancólicas: un viejo farol a punto de ser desechado, un soldadito de plomo sin una pierna, una tetera arrogante que termina astillada, unos zuecos que hacen viajar a sus deseos a quien se los calce, un ruiseñor a cuerda que entretiene a un emperador, un fardo de harapos de distinta procedencia que discurren sobre su lugar de origen, unos zapatos rojos que no paran de bailar. En los primeros años del siglo XXI, en Odense, Dinamarca, Hans Christian Andersen descubre que todo lo que lo rodea, hasta el objeto más insignificante, puede ser narrado. Por eso no lo doblegan los delirios alcohólicos de su madre, ni lo amilanan las burlas y los golpes que recibe en la escuela. Las historias que imagina son una coraza protectora y, como muchos de esos seres que cobran vida por las noches, cuando el sueño no llega, él siente que está destinado a ser un grande, que toda Dinamarca repetirá con orgullo su nombre, pero todavía no sabe por qué.

#### 2.

En el manicomio donde trabaja su abuela cuidando el jardín y su madre lavando ropa descubre a la literatura. Descubre que con una simple cerilla se puede encender la imaginación, engañar el estómago vacío y aliviar el cuerpo aterido de frío. Escuchas a las internas que, mientras hilas, cuentan historias, algunas vulgares, otras maravillosas, otras de impactante terror y toma nota.

En casa ha leído las tragedias de Shakespeare que le ha legado su padre, pobre pero fantasioso, y las ha revivido una y otra vez en el mismo teatrillo. Todavía no es el



avezado autor de cuentos de hadas, pero allí, en su infancia, está el germen de un género del que será creador personalísimo. Dirá más tarde cuando ya es un autor consagrado y los públicos diversos aplaudirán sus lecturas públicas refiriéndose a sus cuentos: “Los escribí de la manera en que se los contaría a un niño”. En una época en que la incipiente literatura destinada a la infancia era didáctica y moralizante, el danés contó historias llenas de fantasías pero en las que también habló de la inestabilidad de la condición humana, de la inclemencia de los poderosos, de los que se mueren de frío, de amor, de injusticia. Su mirada clemente de narrador exalta al pobre, a la niña que se sacrifica por librar del hechizo a sus hermanos, al patito más feo de la granja, al soldadito defectuoso al que le falta una pierna por defecto de la fabricación. “El pueblo como el niño – dice Graciela Montes - está en situación social de desvalimiento y se identifica fácilmente como los héroes perseguido, con los relegados, y se siente reivindicado con el final feliz”<sup>1</sup>.

### 3.

Otra cosa que hace durante toda su vida es viajar, viaja como tantos escritores para escribir sus impresiones de viajes y para contar el regreso. También dibuja paisajes en sus cuadernos con trazo diestro. Lleva en su valija el diario de viaje y el cuaderno de dibujo. Como muchos viajeros célebres cultiva el género y escribe en un diario sus impresiones sobre los itinerarios que realiza. Un cosmopolita que visita países que resultan exóticos para su época como España, Grecia, Turquía. Su vida es un viaje que,, como sus cuentos debe ser narrada. Se convierte en un guía experto por los países nórdicos y Alemania. Ama las torres de Nüremberg, se deleita con la exótica melancolía de Málaga.

En Bratislava dirá de esta ciudad que lo maravilla: “*Me esperaba una bienvenida espectacular. Me encanta esta ciudad, es tan viable y llena de colores. Las tiendas parecen como si fueran trasladadas aquí desde Viena. Hay mucho que ver- me dijo un ciudadano- subamos a las ruinas del castillo allí en la roca. Desde allí se puede ver el puente flotante, la ciudad entera y los campos de trigo en sus alrededores*”. Es junio de 1841 y va en viaje de Estambul a Viena. Entusiasta afirma: “*Me piden que les cuente un cuento. ¿Para qué? Si vuestra ciudad es un cuento*”. Muchos años después, los habitantes de la capital de Chequia erigirán una estatua del cuentista danés en la plaza Hviezdoslavovo námestie. Y para que no se sienta solo, lo rodean los personajes de sus cuentos más famosos.

### 4.

Sus relatos son tristes, muchos de ellos nacen las historias con que tropieza en la isla de Fiona, es su Odense natal. Cuentos salidos de la boca de rústicas tejedoras, de

---

<sup>1</sup> Montes, Graciela, ota preliminar a El cuento infantil CEAL, Buenos Aires, 1977





campesinos, del poverrío de los barrios bajos. Otros encubren escenas autobiográficas. El patito feo es su propia historia contada en clave animal. El pato más feo termina en cisne y corrobora el síndrome de Aladino que padece Andersen. Tanta confianza tiene en su buena estrella que así como Aladino, hijo de un padre artesano termina colmado de riquezas, él hijo de un zapatero llegará muy lejos.

En ese viaje que comienza cuando va a Copenhague a probarse como actor, cantante, bailarín y terminará amparado por la burguesía ilustrada lo impulsa la vanidad, el deseo de agradar y su complejo de advenedizo.

Heinrich Heine lo definió sin piedad: *“Parecía un sastre. Su figura revela una especie de servilismo que tanto complace a los príncipes. Es un vivo ejemplo de cómo quieren los príncipes que sea un poeta”*.

Aunque muchos aman sus historias, la vanidad y el carácter de Andersen lo torna un personaje bastante incómodo. En 1847 Charles Dickens lo invita a Gad Hill Place, cerca de Rochester, una residencia que acababa de comprar y que estaba bastante aislada. Ambos escritores se admiran, pero algo sucede. El danés alarga su estadía y la familia se impacienta. Cuando al fin hace las valijas y parte, Dickens escribe en el espejo: *< Hans Andersen durmió en esta sala durante cinco semanas que a la familia no parecieron siglos >*.

Andersen conoce a los poderosos de cerca. Los frecuenta, los adula, se beneficia de sus contactos y sabe de sus defectos. Sus cuentos hablan del emperador vanidoso que estrena traje nuevo todos los días y que, su ostentación y la adulación de los súbditos lo hacen salir desnudo a la calle o de aquel poderoso de la china que agota a su capricho la vida útil del ruiseñor mecánico.

Y en casi todos, encontramos la revancha de los débiles. La vendedora de fósforos es recibida por su abuela cuando muere, la sirenita que no ha podido cumplir su sueño consigue el alma eterna. Elisa, la niña de *Los cisnes salvajes* es recompensada cuando rompe el maleficio de sus hermanas. Todos los personajes son sometidos a duros sufrimientos.

En el mundo Andersen cualquier felicidad se consigue después de un largo viaje en el que el viajero debe sortear obstáculos, superar envidias, ser humillado, tocar fondos en los más imaginativos infiernos y, si algo tiene claro el lector, es que la nieve termina deritiéndose y los duros corazones acaban ablandándose, porque en los cuentos de hadas que este desgarbado soñador de galera escribe para deleitar a los chicos y a los grandes, en este o en el otro mundo siempre hay revancha.



## “Pequeño sabor especial”

### Mención

Adriana Belén Coteló

La lluvia ya se había anunciado. El cielo lo murmuró mientras la pequeña Pulgarcita, trenzaba unos tallos de hierbas para cobijarse y pasar la noche. La esperaba impaciente, temerosa. Las plantas del bosque le habían contado que estaban sedientas; las acederas le había dicho unas noches antes, que necesitaban agua; y los cactus del otro lado del tupido monte le habían escrito nota detallando que toda la reserva que tenían en su cuerpo... se había agotado. De a poco, los colores de las nubes seguían vaticinando que la ansiada lluvia, llegaría. Y Pulgarcita aguardaba. Anhelante. Temblorosa.

Primero nacieron los olores a tierra mojada, el de la gota que abraza a su amiga la tierra, después de muchos días sin verse. –Un saludo de esos debe ser muy hermoso- imaginaba Pulgarcita. Hasta que, por fin, una a una, fueron cayendo muchas; y con ellas, se desató la gran tormenta. A niña sintió miedo: los truenos entonaban una melodía que no le gustaba. Los relámpagos iluminaban de una forma sorprendente, y la diminuta chiquilla por dentro estaba acobardada. Sin embargo, sentía intriga de ver qué sucedía y cómo era. Ella era curiosa, pero no por eso menos asustadiza. Era aventurera, pero siempre cautelosa. Nunca había visto la danza del cielo debajo de una hoja de salvia. Por su tamaño, todo eso era una aventura. Había esperado tanto ese momento, que no se lo perdería por nada; - ¡Y mucho menos por miedo! – se dijo. Así que apenas escuchó a las gotas caer musicalmente sobre su refugio, asomó la mano tímidamente. Luego su blanquecina nariz respingada, y por último la frente con su flequillo dorado hacia un costado. Despacio, como quien quiere, pero no se anima. ¡Pin!, una gota golpeó en su amiga, la acedera y brincó en ella, bailando hasta su lengua. Disfrutó su sabor y lo comparó con el de las lágrimas, pero no se parecía a ellas. ¡Tin, tan! Y otra chispa de agua la sorprendió. Recordó el gusto de las almendras con miel, pero tampoco era como el de aquella gotita aventurera. Ninguno de los dulces que le gustaban: mora y frambuesas, naranja y eucalipto, menta y néctar de pasiflora. Tampoco los nuevos, que había probado en el nenúfar del estanque del sapo. Boldo y acebo con pizcas de mil eran los preferidos de aquellos grotescos anfibios.

Siempre agarradita del tallo de su amiga, la salvia florecida, haciendo equilibrio, decidió estirarse un poco más. Deseaba que otra gotita de tantas, rodara de la nariz hasta su boca... así podría pescarla con la lengua... ¡y zaz... sucedió! Otra vez comparó. Pero entre tantos sabores que se le cruzaron, ninguno de todos esos se parecía al agua de lluvia de aquella tarde en el bosque (Sí, en el mismo que había sido abandonada por el abejorro). Ni las hojas de pino, ni las frutas cortaditas, ni el néctar de las orquídeas.





Tampoco se parecían al saborcito de la bromelia cuando apenas florece. Recordó también, el agua que cargaba mamá en la botella para los días de tanto calor, con gajitos de limón. Pero no era así. Incluso, ni aquella de la laguna que a veces, mientras navegaba en su cáscara de nuez, probaba sin querer cuando intentaba darle un beso a Lilo, el pececito de colores y aleta rota. Entretanto, las gotas seguían danzando al ritmo de los truenos. Bailaban entusiasmadas, siguiendo a las delanteras y marcando el camino para aquellas que las seguían. Una a una caían danzantes, obsequiando a quien las contemplaba, un espectáculo asombroso.

Así, en medio de la tormenta, del viento y las gotas de lluvia, les asignó un sabor. Las chispas de agüita de nubes, comprendió Pulgarcita, bailan con sabor a los días de verano. Ellas tienen ese gustito a no sé qué de las noches dulcemente calurosas que disfrutaba con mamá en el jardín.

Sí, claramente no había dudas. ¡Las gotas tienen gusto a “mamá en verano”! – reconoció con entusiasmo. La pequeña afirmaba y sonreía mientras, refugiada en sus pensamientos y volando entre los sabores, las atrevidas bailaban en toda su cara, empapando ya todo su vestido amarillo de flores azules. Convencida de que es y sería así por siempre, Pulgarcita aprendió a gozar de la lluvia y cada gota. Su antes, su durante y su final.

Desde aquella tarde, sin importar el momento del año en que sucediera la fiesta del cielo, las saborea con alegría... y valentía, puesto que me dijo Lili, que Pulgarcita ya no tiene miedo a los truenos.

¡Ah! Me olvidaba de contarles... además nuestra pequeña instaló debajo de la madre selva, un paraje para saborear gotitas de lluvia envasadas. En “Tulipanes” nos juntamos todos los amigos del bosque. Y... ¿a qué no saben cuál es el sabor más popular?.